

el placer de **no** **consumir...** todavía

por **Montserrat Calvo**

Satisfacer el deseo sexual produce bienestar, pero saber mantener la libido, acrecentarla y dilatarla empleando los cinco sentidos, y no sólo el del tacto, puede ser una forma igual o más válida de alcanzar el deleite. La voluptuosidad no entiende de prisas.

Estaba el otro día en una reunión amistosa, en la que, para variar, se hablaba de sexualidad; alguien recién llegado comentó que nuestra sociedad está saturada y aburrida de tanto sexo. El recién llegado pronto comprendería aquello de no mentar la sogá en casa del ahorcado.

¿Se respira un clima erótico en nuestra cultura y nuestra sociedad? Creo que lo que nos inyectan en la vena desde pequeñas son contundentes antiafrodisiacos, de tal suerte que cuando llegamos a nuestra edad adulta ya han conseguido minarnos el interés por la sexualidad. El reduccionismo y empobrecimiento al que sometemos nuestra capacidad erótica son buena prueba de ello. En verdad, limitamos el amplio abanico de sensaciones a un par de varillas, como máximo.

El deseo sexual se contempla como algo que debe ser saciado y, por tanto, eliminado cuanto antes, hay que apagar con prontitud el fuego abrasador, hay que librarse rápidamente, llegar al orgasmo. Sin duda, centrarse en la descarga física es una manera válida de vivir la sexualidad, pero hay otras maneras más amplias y gratificantes; lo importante es conocerlas para escoger con libertad.

La salud del ser humano guarda una relación proporcional a su capacidad de adaptación a la realidad, y por tanto, a su flexibilidad

para contemplar diferentes posibilidades de acción. No cabe duda de que una de las causas de la monotonía y el aburrimiento en las relaciones eróticas proviene de la sujeción a un sólo clima: el de «rascarnos para que no pique, en lugar de rascarnos para que pique más» y todo ello con distintos preliminares; palabra, por cierto, ortopédica en sexualidad, como si lo que hay «antes de aquello», esa comunicación de las pieles y los sentidos, no fuera sexualidad sino sensualidad ¿a qué viene separarlas? Cualquier placer llega a través de los sentidos ¿No es esta maniobra una prueba del reduccionismo y el empobrecimiento eróticos?

Juegos olvidados

Separamos lo sensorial de lo sexual porque tendemos a olvidar el juego de los sentidos ¿cuántas veces usted, que tiene cierto interés por el tema, puesto que lee estas páginas, ha mirado a los ojos de su amante durante el coito? ¿Cuántas veces le ha pedido que le susurre algunas palabras tiernas o picantes mientras le acariciaba entre las piernas? ¿Sabría distinguir su propio aroma erótico entre otros? ¿Conoce una o varias posturas en que la comodidad de su espalda y de su cuerpo sea absoluta? ¿Se ha impregnado, en definitiva, de esa persona antes de estar o de tenerla dentro?

Es probable que si aún no lo ha hecho lo intente pronto –con

alguien o con usted misma–, pero la mayoría de las personas continuarán hablando o pensando en «tirarse a alguien», «echar un polvo», y en un «campo de tiro» para referirse a lo que sin duda es «un campo de cultivo». Con este lenguaje despectivo y agresivo sólo podemos conocer las migajas de esa comunicación, potencialmente, la más compleja y completa del ser humano, que es la sexualidad, puesto que la forma en que interpretamos cualquier realidad determina nuestra experiencia en ella.

La prisa de la que hablábamos por satisfacer el deseo es el segundo atentado al mundo de los sentidos. Situarnos en el futuro inmediato es condenar al olvido el momento actual, es desconectar del cuerpo y del ritmo interno para irnos a una parte de la cabeza, todo lo cual genera ansiedad; apagar el deseo rápidamente acaba siendo la manera en que reducimos esa angustia.

¿Qué alternativas tenemos al respecto? Reinterpretar la realidad. Conseguir lo que deseamos no es, ni mucho menos, la única manera de obtener satisfacción y felicidad. No obtenerlo, por su parte, tiene más salidas que las de la frustración, la resignación o la agresividad. Disfrutar sin esclavitud del deseo es una actitud agradecida por la vida y la sexualidad.

Supongamos que queremos –o deseamos– estar con alguien y



En la práctica cotidiana —la más trascendental— de las relaciones sexuales, bajamos el voltaje sensorial y, generalmente, las reducimos al coito.

somos correspondidas, pero en lugar de ir a la cama escogemos «quedarnos con las ganas», dejando que ese deseo se cueza en sí mismo y se autoalimente, que vaya prendiendo y creciendo a su propio ritmo. En el momento en que a los dos nos apetece el coito contenemos nuestra excitación y empezamos a comer fresas con nata sin romper el clima erótico, de pronto, empezamos a mezclar sabores... Imaginemos qué puede suceder con nuestro placer y a qué volumen nos sacudirá tras detener tres o equis veces los momentos más álgidos.

El tiempo suspendido

Sin embargo, en la práctica cotidiana —que es la más trascendental— bajamos el voltaje sensorial, reducimos la amplia gama de vivencias eróticas a la descarga última, las variadas prácticas sexuales a la penetración, el órgano más grande del cuerpo humano, que es la piel, a las zonas genitales, y además olvidamos también algo fundamental para vivir con curiosidad y respeto el mundo de la sexualidad: el tiempo. ¿Han observado lo señor que es el placer y cómo se toma su tiempo? No hay cronómetro para la fiesta, como tampoco lo hay para su preparación.

¿Tenía razón nuestro amigo cuando decía que las mujeres y los hombres estamos saturados de sexo, o es que lo estamos de esa sensación que surge ante el deseo, de esa ansiedad por no saber manejar las emociones cuando éstas adquieren una cierta intensidad?

Sin lugar a dudas, la pasión fogosa del «rompe y rasga», la que muestran los anuncios, los culebrones, la pornografía y cualquier reclamo publicitario, la de la improvisación en el ascensor, tiene sus ventajas pero, insisto, sólo es una de las muchas varillas del abanico erótico. Existe una sexualidad de la lentitud y la calma, del susurro y el silencio, del tiempo suspendido en el deseo dilatado... Una sexualidad que forma parte de lo inconmensurable del ser humano. 